

Editorial

Desigualdades emergentes y cuidados, desafíos contemporáneos para el Trabajo Social

Soraya Giraldez

Cada época construye sus propios desafíos para las profesiones que intervienen sobre la cuestión social. Existen momentos históricos en los que las desigualdades parecen visualizarse y en los que se estructuran sistemas de atención más o menos eficientes, más o menos universales, orientados por una narrativa, y en acciones, sobre todo estatales, que se orientan a su resolución.

En otros momentos, la reducción de lo que llamamos Estado social, regulado hacia mejores formas de distribución de las riquezas socialmente producidas, es atacado, cercenado, con menores presupuestos, desarme de sus equipos de trabajo y de sus programas, con formas institucionales débiles o inexistentes y con transformaciones económicas, políticas y culturales orientadas a producir nuevas expresiones de incertidumbre y vulnerabilidad. El tiempo presente pertenece, sin dudas, a esta segunda categoría.

Vivimos una etapa caracterizada por la profundización de los sufrimientos, la fragmentación de los vínculos comunitarios, la precarización de amplios sectores de la población, la crisis de las instituciones tradicionales de protección social y la emergencia de nuevas formas de padecimiento subjetivo. En este contexto, lejos de disminuir, la necesidad de intervención social se vuelve más intensa, más compleja y más desafiante.

En ese marco, en este número le hemos dado centralidad a otro problema acuciante, la crisis ambiental no representa una problemática ajena a nuestra profesión, sino una expresión cada vez más visible de las desigualdades que atraviesan los territorios y las condiciones de vida de amplios sectores de la población. Los efectos del cambio climático, la degradación ambiental y las disputas en torno al acceso a bienes comunes impactan de manera desigual sobre las comunidades más vulneradas. Pensar la justicia social exige también pensar la justicia ambiental.

Tal vez una de las paradojas más significativas de nuestro tiempo sea que, mientras aumentan las necesidades de acompañamiento, cuidado y construcción colectiva de respuestas frente a los problemas sociales, proliferan discursos que imaginan sociedades capaces de prescindir de la mediación humana. El avance de las tecnologías digitales, los sistemas automatizados de gestión y los algoritmos son presentados como promesas de soluciones rápidas, eficientes y económicas para problemas históricamente complejos.

Sin embargo, la experiencia cotidiana demuestra lo contrario. No pueden sustituir la escucha, la construcción de confianza, la comprensión situada de los problemas, el reconocimiento del otro como sujeto de derechos ni la capacidad de intervenir en escenarios atravesados por conflictos, trayectorias biográficas y relaciones de poder. Somos una disciplina que se asume desde la responsabilidad ética y política que implica intervenir en territorios donde la desigualdad produce diariamente nuevas formas de exclusión.

El Trabajo Social se basa en el desarrollo de una práctica sustentada en conocimientos científicos, en marcos teóricos rigurosos y en metodologías de intervención consolidadas, pero también en la capacidad de reconocer al otro en su singularidad, comprender las mediaciones institucionales que producen determinadas situaciones y construir respuestas colectivas orientadas a la ampliación de derechos.

La historia misma de la profesión demuestra que los momentos de mayor complejidad social han requerido más Trabajo Social y no menos. Cuando las desigualdades se profundizan, cuando los mecanismos de integración social se debilitan y cuando los sujetos enfrentan mayores dificultades para acceder a recursos materiales y simbólicos, la presencia profesional adquiere una relevancia estratégica. Pero hablar de Trabajo Social supone también hablar del Estado.

No existe intervención profesional capaz de sustituir las responsabilidades públicas frente a la cuestión social. Las estrategias comunitarias, las organizaciones sociales, las redes territoriales y los dispositivos institucionales resultan fundamentales, pero requieren de políticas públicas que garanticen recursos, continuidad y capacidad de respuesta. La experiencia histórica enseña que allí donde el Estado se retira, las desigualdades se amplifican. Allí donde las políticas públicas se debilitan, los problemas sociales no desaparecen: se vuelven más graves, más complejos y más difíciles de abordar. Allí donde se reducen los mecanismos de protección social, emergen nuevas formas de sufrimiento que impactan especialmente sobre los sectores más vulnerados.

Por ello, defender la intervención profesional implica también defender la presencia del Estado como garante de derechos. No se trata únicamente de una cuestión administrativa o de gestión pública. Se trata de reconocer que determinadas problemáticas requieren respuestas colectivas que ninguna lógica de mercado puede resolver por sí sola. Las páginas que integran este número de Debate Público constituyen una demostración concreta de esa afirmación. En conjunto, los artículos que conforman este volumen expresan la riqueza, diversidad y capacidad analítica del Trabajo Social. Pero también evidencian algo más profundo: detrás de cada problemática abordada existen sujetos concretos, trayectorias vitales singulares y derechos que demandan reconocimiento y protección. La intervención profesional no constituye un recurso residual destinado a actuar cuando otras respuestas fracasan. Por el contrario, representa una dimensión estratégica para la construcción de sociedades más democráticas, más igualitarias y más humanas.

Por eso, este contexto necesita más Trabajo Social. Desde esa convicción, presentamos este nuevo número de Debate Público. Con la certeza de que reflexionar, investigar e intervenir siguen siendo tareas inseparables. Con la convicción de que, frente a las incertidumbres del presente, el Trabajo Social continúa siendo una herramienta fundamental para comprender la realidad, acompañar a quienes más lo necesitan y construir horizontes colectivos de mayor justicia social.

Magister Soraya Giraldez

Directora de la Carrera de Trabajo Social - UBA